

éste se le apareció despues de su resurreccion, y él vivio con los apóstoles. Por otra parte se sabe, que en aquel mismo tiempo todos los apóstoles y demas discípulos, en número de mas de ochenta, se daban por testigos de los hechos que refieren los historiadores del nuevo Testamento; de manera, que los sucesos mas célebres y mas constantes de la antigüedad, no eran tan bien probados como los milagros del evangelio.

Por ejemplo: la historia de Sócrates no tiene por garantes sino á sus dos discípulos Platon y Jenofonte. El hecho de la muerte de Julio Cesar, que segun todos es de la mayor certidumbre histórica, no tiene tan gran número de historiadores contemporáneos.

*Fel.* Pero ¿cómo probarás que estos escritores no se pusieron de acuerdo para engañar con su historia á los sencillos é ignorantes?

*Vic.* Solamente con recordarte lo que te he dicho acerca del caracter y conducta de estos historiadores, su sinceridad, y la sencillez en las relaciones, la sabiduría en las palabras, la santidad en las costumbres, el desinteres en las empresas, la ingenuidad

en referir sus propios defectos, la constancia en los trabajos, el valor en las persecuciones, la fortaleza en derramar su sangre por sostener los hechos de que se dan por testigos, y lo que es mas, la facilidad con que hubieran sido desmentidos por tantos coetáneos, si no hubiese sido muy cierto lo que referían, son calidades que ponen á cubierto de toda sospecha de engaño á los escritores del nuevo Testamento. Desafio á la crítica mas refinada á que me convenza, si pueden exigirse requisitos mas recomendables en un historiador, para constituirlo digno de todo crédito. Con esta respuesta creo que queda desvanecida esta suposicion, y probadas suficientemente las calidades de estos escritores.

*Fel.* Pero qué ¿no podian haber sido engañados por su Maestro, ó haberse engañado á sí mismos?

*Vic.* Habrá habido quien con artificios propios de un ingenio vivo, y de mucha destreza de manos, haya causado unas ilusiones que se hayan creido prodigios; pero podrán colocarse en esta clase la sanidad repentina de los ciegos de nacimiento, la resurreccion de los muertos, y otros in-

numerables hechos extraordinarios, que escuden las fuerzas de la naturaleza, patentes y repetidos por el largo espacio de tres años consecutivos á presencia de los mismos apóstoles? ¿Podian estos ser unos prodigios aparentes con que Jesucristo hubiese engañado á sus discípulos, ó con que ellos se hubiesen engañado á sí mismos? Es necesario tener el juicio enteramente trastornado para admitir una suposición tan absurda. Luego los testigos de estos milagros son irrecusables, porque ni han engañado, ni han sido engañados.

Lo cuarto, la impresión que los milagros de Jesus causó en el ánimo de los espectadores, fué poderosa. Por ellos se convirtieron millares de judios y de gentiles, fuertemente adheridos á su religion y á sus supersticiones; tanto, que los mismos fariseos decian: he aquí, que todo el mundo le sigue. Todos estos son otros tantos testigos de estos hechos asombrosos. Los primeros fieles abrazaron el cristianismo, y las primeras iglesias se fundaron por la autoridad de los milagros de Jesucristo, atestiguados por los apóstoles, ó de viva voz ó por escrito.

Lo quinto, véamos por último la opinion que han formado de los milagros de Jesucristo sus mismos enemigos. Ya te manifesté, que los sacerdotes, escribas y fariseos no se atrevieron á declararlos por falsos. Además de esto, ningun escritor de los judios de los primeros siglos de la iglesia ha osado desmentir á los evangelistas. Si los contemporáneos de Jesus hubieran tachado de falsos sus milagros alegando algun comprobante, los rabinos, herederos de su doctrina, y de su odio al cristianismo, no se hubieran visto reducidos para desacreditar á Jesucristo, á admitir la fábula ridícula de los dos Talmudes de Jerusalén y de Babilonia. En estos libros tan respetables para los judios, se dice grave y seriamente: que Jesus habia hecho milagros porque habia robado el nombre inefable de Dios, que bastaba pronunciarlo para obrar los mayores prodigios. Maimonides, uno de los doctores mas sábios y de mas autoridad entre los judios, estrechado con el argumento de los milagros de Jesucristo, viene á confesarlos en sus respuestas, diciendo: que el Mesías no debia hacer milagros.

La opinion de los gentiles sobre los

milagros de Jesucristo y de los apóstoles se halla en las antiguas apologías del cristianismo, hechas por S. Justino, Athenagoras, Tertuliano, Minucio Felix, y Orígenes, que hablan con tal confianza de los prodigios del evangelio, como de hechos auténticamente certificados; y aunque se hayan perdido las obras de los antiguos contrarios de la religion cristiana, los fragmentos citados por el dicho Orígenes, Eusebio, S. Cirilo Alejandrino, y por S. Gerónimo, bastan para manifestar, que los gentiles nunca disputaron sobre la realidad de los milagros de Jesucristo, y que se contentaban con oponer los prodigios fabulosos de sus falsas deidades.

Celso los confiesa espresamente, atribuyéndolos á la magia: Juliano se explica con un desprecio afectado sobre los enfermos curados en las aldeas de la Betsaida y de la Betania: y Porfirio y otros filósofos ponian á Jesus en el número de los magos, segun refiere Arnobio.

Era tanta la fama de Jesucristo entre los gentiles, que el emperador Tiberio, por las noticias que le dió Poncio Pilato, propuso al Senado, que se le contase en el

número de los dioses. Así lo aseguran Tertuliano, Eusebio y otros.

Un escritor gentil atribuye á los emperadores Adriano y Alejandro Severo, el mismo intento que á Tiberio; y segun Lampridio, Alejandro Severo quiso colocar la imágen de Jesucristo entre los dioses, y levantarle un templo; pero los agoreros le hicieron desistir de su proyecto, representándole, que todo el mundo se haria cristiano, y que los templos de los dioses quedarían desiertos. Adriano, continúa Lampridio, tuvo el mismo pensamiento, y en muchas ciudades se habian edificado por su mandato templos sin ídolos, destinados, segun se cree, á la ejecucion de aquel designio, y que aun se llamaban Adrianeos del nombre de este príncipe, por no estar dedicados á ninguna deidad.

De Calcidio se dice, que en su comentario sobre el Timeo de Platon, habla de una estrella que guió á unos sábios caldeos á los pies de un Dios que acababa de nacer.

Phelegon, liberto del emperador Adriano, hizo mencion del eclipse, ó per mejor decir del obscurecimiento del sol, y de los

terremotos que enseñaron el momento en que Jesus espiró; y habla del eclipse como de un fenómeno sin ejemplo, porque en efecto sucedió en tiempo del plenilunio, y lo refiere al año cuarto de la Olimpiada 202, que es el mismo de la muerte de Jesucristo. Thrallo, otro escritor pagano á quien cita Eusebio, habia dicho lo mismo. Tertuliano en su apologético asegura, que este portento se vió tambien en Roma, y estaba anotado en los fastos ó registros públicos.

Finalmente, podia yo con facilidad aplicar á los milagros de los apóstoles todo lo que llevo dicho de los prodigios de Jesucristo; pero me contentaré con sola esta razon poderosa, tomada de la fundacion de las primeras iglesias del cristianismo. Los primeros fieles creian firmemente que los apóstoles habian hecho milagros, y la veneracion con que miraban el libro de las Actas, que contiene la relacion de ellos, y el testimonio espreso de los historiadores eclesiásticos, no nos permiten dudarlo. San Pablo en sus diferentes epístolas, recuerda á las iglesias que fundó, los portentos que señalaron su predicacion.

He aquí un hecho comprobado, es á saber: la creencia en los milagros de los apóstoles, profesada públicamente en todas las iglesias que habian fundado. No puede tacharse de erronea esta creencia, por cuanto no puede suponerse que en la Palestina, en la Siria, en la Grecia, en la Asia menor, en la Italia, en la España, y en otras partes, una multitud innumerable de hombres se viesen repentinamente y á un mismo tiempo acometidos de una enfermedad que les privase del uso de la razon y de los sentidos, hasta hacerles creer que veían y oían lo que realmente ni veían ni oían. Luego la fe de las iglesias apostólicas, y su sola existencia, son unas pruebas irrefragables de los milagros de sus fundadores.

De lo dicho resulta, que los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles, reúnen todos los géneros de pruebas que constituyen el grado mas perfecto de certidumbre histórica de que cualquiera suceso es susceptible. Las hazañas de Alejandro, de César y de Pompeyo, tan recibidas generalmente, no tienen tanta autenticidad como ellos.

*Fel.* ¿Qué consecuencia deduces de los milagros hechos por Jesucristo y por sus apóstoles?

*Vic.* La consecuencia que infero es, que la religion cristiana viene de Dios, y por lo mismo es divina y verdadera. Porque ó Jesus hizo por sí mismo estos milagros, ó no los hizo por sí mismo: en el primer caso, es claro que es Dios; pues solo Dios puede quebrantar las leyes de la naturaleza, y producir unos efectos contrarios á ellas. En el segundo caso, Dios los hizo; pero como los hizo en confirmacion de una doctrina y de una religion que enseña, que Jesucristo es Dios, indefectiblemente resulta comprobada su divinidad, é igualmente la santidad, verdad, é infalibilidad de cuanto Jesucristo dijo, y de cuanto mandó que en su nombre predicáran y enseñáran sus discípulos.

*Fel.* Todas las religiones y sectas se glorían de sus milagros. El paganismo ha tenido los suyos; y sin hablar de los muchísimos prodigios que refieren Herodoto, Dionicio Alicarnaseo, Pausanias, Tito Libio, Valerio Máximo, y otros, cuentan con la mayor gravedad Suetonio y Tácito, que Ves-

paciano curó un ciego en el templo de Serapis, á presencia de todos los habitantes de Alejandría.

*Vic.* El que todas las religiones se gloríen de sus milagros, no prueba que todos sean verdaderos, ó todos sean falsos; sino que todas las naciones están convencidas de que la religion viene de Dios, y de que Dios nada nos revela ó manifiesta, si no es por obras sobrenaturales en las que se conozca la intervencion inmediata de su omnipotencia: y de este principio se han valido los impostores para apoyar sus errores con milagros falsos; lo cual prueba que hay milagros verdaderos.

Con una mediana reflexion se conoce la falsedad de los prodigios que refieren los autores profanos, pues no tienen otro fundamento que el testimonio de un historiador muy posterior á la época del suceso, quien comunmente lo cuenta sin creerlo; que no cita testigos, ni comprobante, ni monumentos que testifiquen la verdad de los hechos. Tácito y Suetonio escribian en Roma lo que pasaba en las provincias remotas del Egipto, y por su misma relacion se advierte, que la curacion del ciego

fué un fraude inventado para favorecer la pretension de Vespaciano al imperio.

*Fel.* Filóstrato dejó una historia circunstanciada de los milagros de Apolonio de Thianea, que tanto asombraron á los gentiles; luego con los milagros nada se convence á favor de la religion cristiana.

*Vic.* Esta novela se escribió un siglo despues, segun las memorias escritas por un discípulo de Apolonio llamado Damis, de cuya existencia aun se duda. La misma historia manifiesta el empeño de Filóstrato en adular á la emperatriz Julia que tanto apreciaba estas memorias, y de cuya mano él las recibió. Ademas de esto, el mayor prodigio que refiere de Apolonio, es la resurreccion de una doncella romana; pero ya despues la llama especie de resurreccion, y al fin viene á decir, que ni él ni los que presenciaron el suceso, supieron si la muger estaba realmente muerta ó aletargada.

Entre los filósofos mas instruidos del paganismo, Apolonio tenia la reputacion de un mágico infame; y finalmente, todos esos supuestos milagros se sumergieron muchos siglos ha, en el sepulcro de un eterno olvido y desprecio; pero á los prodigios de

Jesucristo aun se les da fe despues de diez y ocho siglos, y se les dará hasta el fin del mundo.

*Fel.* En todos tiempos, especialmente en la edad media, ha habido entre los cristianos una multitud de milagros falsos de que abundan las historias, ¿y no podrán ser lo mismo los de Jesucristo?

*Vic.* Confieso con sumo dolor, que un falso celo, y aun intereses particulares, han inventado una multitud de milagros; pero si los cotejas con los de Jesucristo, hallarás una diferencia imponderable. Los primeros los refieren uno ú otro autor que no tiene los requisitos necesarios para que se le dé crédito: hallan disposicion para creerlos en personas piadosas; pero al mismo tiempo ignorantes y sencillas: no han hecho el sacrificio de su vida para confirmarlos: no han sido para introducir una nueva religion: rara vez han contradicho por algun sábio; y últimamente, los mismos cristianos de una mediana instruccion, confesando que ha habido milagros verdaderos en todos los tiempos que lleva de existencia el cristianismo, no dan fe á esos otros muchos que tienen los caracté-

res de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo crédito, segun te he demostrado, que derramaron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en todo el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á presencia de multitud innumerable de enemigos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos enemigos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisados á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

#### CONVERSACION CUARTA.

*Fel.* ¿Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

*Vic.* Sí las tengo. El establecimiento y propagacion de ella es uno de los funda-

mentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las Actas, y las epístolas del nuevo Testamento, y verémos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, cuando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalén. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judéa y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Gresia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Efeso, Antioquía, Isla de Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. Á mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Ireneo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Iberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á